

**Presentación del libro *Cuba. Viaje al fin de la revolución*, de Patricio Fernández<sup>1</sup>**

**Agustín Squella<sup>2</sup>**

No siempre se puede decir que uno está muy a gusto en el lugar en que se encuentra, con las personas con quienes está y con el motivo que lo llevó hasta ese lugar y lo hizo encontrarse con tales personas.

Me gusta estar en este lugar, la biblioteca Santiago Severín, que siendo uno de los emblemas de Valparaíso, incluye en su nombre la palabra “Santiago”. Bueno, no es el único caso: el club de fútbol profesional de Valparaíso se llama Santiago Wanderers, y uno de los candidatos al primer extranjero que desembarcó en nuestra habia, Alonso Quintero, llegó aquí en 1536 a bordo de un navío llamado “Santiaguillo”. Uno de los más recordados alcaldes de la ciudad en el siglo XX se llamó Santiago Díaz Buzeta, y si nos remontamos al primer edil que tuvo Valparaíso, descubriremos que también se llamaba Santiago, Santiago de Iníñez y González, quien en 1778 asumió como Alcalde Ordinario de Valparaíso.

Espero que nada de lo que acabo de decir sirva a la causa del centralismo ni aliente a los santiaguinos a considerar que alguna vez tuvieron mar y creer que podrían reivindicarlo. Ustedes podrían considerar que exagero con esta última prevención, pero fíjense que en 1944, dos años después de que el club cumpliera sus primeros 50 años de vida, un grupo de dirigentes porteños quiso llevarse Wanderers a Santiago, aunque fracasaron en su intento.

Debe ser por cosas como esas que Pablo Neruda, porteño por adopción, dijo alguna vez de Valparaíso “¡qué disparate eres!”. Y tenía razón: Valparaíso es un disparate, un auténtico disparate, o sea, algo contrario a la razón, una ciudad loca, loquísima, y no mágica como la han bautizado las agencias de turismo. Tan loca como que fue no solo la cuna de Wanderers –lo cual está muy bien-, sino también la de Everton e incluso la sede de nacimiento del primer ColoColo, el de 1920, cinco años antes del que más tarde formarían en Santiago los hermanos Orellana. Hay muchas otras manifestaciones de lo disparatada que puede ser esta ciudad, pero para qué vamos a seguir. Una de las últimas ocurrió cuando fuimos visitados por una comisión de expertos que envió aquí el Comité del Patrimonio Mundial de UINESCO para verificar como estábamos haciendo las cosas luego de que los barrios históricos hubieran sido ingresados a la lista del patrimonio cultural de la humanidad. Mientras paseaban por el barrio de La Matriz, esos expertos no fueron saludados por los transeúntes, sino asaltados por un par de lanzas que les arrebataron las

---

<sup>1</sup> Biblioteca Santiago Severín, Valparaíso, 13 de diciembre de 2018.

<sup>2</sup> Doctor en Derecho. Profesor de Filosofía del Derecho en la U. de Valparaíso. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales.

cámaras con las que había tomado fotografías de Valparaíso. ¿Saben ustedes que en 1868 hubo aquí un plebiscito para designar patrono de la ciudad? Compitieron Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen María y una buena cantidad de santos, Santiago entre ellos. Ganó por paliza el Salvador del Mundo con 19.946 preferencias contra solo 4.132 de María Virgen. Esa votación fue luego refrendada por el pontífice Pío IX, el 26 de noviembre del mismo año. ¿Es o no un disparate Valparaíso?

Pero volvamos a lo nuestro: a gusto decía de estar en este lugar, pero también, y desde luego, muy a gusto de encontrarme en la compañía de Marcela Serrano, de Vlado Mirosevic y de Patricio Fernández. A gusto de estar también con la audiencia presente, con el público, con los porteños que llegaron hoy aquí para celebrar el libro de Fernández y participar en una conversación acerca de él. Porque si los libros invitan ante todo a leer, invitan también a conversar. A gusto, en fin, con el motivo que nos reúne –la presentación de un libro–, porque interviniendo o participando de cualquier manera en un acto de este tipo nos hacemos cómplices del libro de que se trate y hasta una parte de él. Por lo mismo, nadie debería intervenir en la presentación de un libro que no le guste, y a mí el de Patricio Fernández me ha gustado, me ha gustado mucho, y voy a tratar de explicar por qué.

Patricio Fernández ha escrito un buen libro. Un muy buen libro. Un muy buen libro sobre el fin de la revolución cubana, que es también el fin de la revolución en América Latina, entendiendo la palabra “revolución” en su sentido más estricto de alcanzar el poder por medio de la lucha armada y de mantenerse en él, introduciendo cambios muy radicales, todo el tiempo que sea necesario hasta el cumplimiento no de un plazo, como en la democracia, sino de las metas que los revolucionarios se hubieren propuesto. En tal sentido, la democracia no puede ser más distinta que la revolución. La democracia consiste en la sustitución de gobernantes sin derramamiento de sangre, en el reemplazo por el voto del tiro de gracia del vencedor sobre el vencido. La democracia cuenta cabezas, no corta cabezas. Además, la democracia es gradual, de un paso a la vez, mientras que una revolución intenta subir la escalera dando grandes zancadas y sin importarle mucho los que están en ella o vienen bajando. Por lo mismo, alguna vez dije al estimado Giorgio Jackson que el nombre de su partido, “Revolución Democrática”, era un oxímoron, una contradicción, aunque él me aclaró que lo que esa denominación quería decir es que lo que él y sus compañeros pretendían era hacer cambios profundos en la sociedad chilena (y de ahí entonces la palabra “revolución”), pero empleando para ello las reglas y los procedimientos democráticos, o sea, los que son propios de esa vieja forma de gobierno que los griegos concibieron y aplicaron en su versión directa 5 siglos antes de nuestra era, pero que ha estado ausente del planeta en la significativa mayor parte de la historia de esta. Después de Grecia, la democracia reapareció 1500 años después en algunas repúblicas italianas del Medioevo, y eso por corto tiempo, retornando siglos después, ya en la época moderna, bajo la forma de democracia indirecta o representativa, una democracia, esta última, que tiene entonces pocos siglos de

existencia y que hoy pareciera encontrarse no solo en crisis, sino tal vez en decadencia y hasta a las puertas de un posible colapso, y eso, entre otras cosas, por la muy transversal corrupción de los agentes políticos y por la paradoja de que mayorías ciudadanas estén usando las elecciones y demás reglas de la democracia para instalar en el poder a gobernantes que no tienen una biografía democrática y que en sus campañas para acceder al poder se valen de un discurso abiertamente no democrático.

Sobre el fin de la revolución cubana trata el libro de Patricio Fernández, aunque es, ante todo, un libro sobre Cuba, sobre los cubanos, sobre las cubanas, sobre su cultura, sobre la relación que tienen con un largo y accidentado proceso revolucionario, sobre sus maneras de pensar, de sentir, de entenderse a sí mismos, de vivir, de sobrevivir, de dar ese amplio curso que permiten a sus sentidos.

Cada vez que uno piensa en Cuba desde fuera de Cuba lo que hace es pensar en Castro, en la revolución, en la deriva marxista que esta tuvo a poco andar, en la fascinación que la revolución produjo en su momento inicial, hace ya más de medio siglo, en su posterior decadencia, en su fracaso, en su increíble obstinación, en la transformación de Cuba antes en destino turístico que en motivo de atracción y análisis o de ejemplo político a seguir, en su majadera insistencia en culpar a factores externos, en este caso al injusto bloqueo comercial, por la falta de libertades internas, lo mismo que otras dictaduras, bien conocida una de ellas por los chilenos, que se aferraban al poder en nombre de la seguridad nacional y la amenaza del comunismo internacional. No se trata de comparar dictaduras, pero vaya que se parecen todas ellas: siempre hay un contexto que las explica y hasta las justifica. Siempre hay poderosos y malévolos enemigos internos y externos que conspiran contra el dictador y deben ser eliminados..

Durante su primer viaje a Estados Unidos luego del triunfo de la revolución, un periodista norteamericano interrogó a Castro y le consultó acerca de si volvería a los Estados Unidos. “Pronto –respondió el guerrillero-. Me gustaría volver pronto”. “¿Y vendrá con barba o se la habrá cortado?”, insistió el periodista. “Con barba”, dijo Fidel. “Mi barba significa algo. No me la cortaré. Haré primero un bueno gobierno y luego me cortaré la barba”, dijo finalmente. El hecho es que murió con barba.

Este libro de Patricio Fernández es acerca de Cuba, pero no es propiamente un ensayo sobre Cuba, y menos un ensayo académico sobre la isla. Es un reportaje, diría yo, la obra de un periodista y no de un académico, la obra de un escritor-periodista, en fin, aunque es también una novela, porque Cuba ha sido siempre una novela, y porque Fernández, que ya sabemos es periodista, tiene también la condición de novelista. Como bien sabemos, Cuba produce literatura, pero a la vez es literatura y basta con detenerse allí y ver, escuchar, tomar nota. De alguna manera, Cuba se narra a sí misma

Yo, tengo que decirlo, me canso de repente de las ya tan manidas como celebradas mezclas de los géneros literarios, de esa hibridez en que ya nada es algo determinado sino siempre más de algo, y entonces pido a gritos por una novela que sea una novela, por un ensayo que sea un ensayo, por una biografía que se presente como tal y no como otra cosa, aunque tengo que reconocer que esa hibridez de pronto resulta al expresarse en libros tan atractivos como difícilmente clasificables. Y el de Fernández es uno de ellos. Este fenómeno literario, hoy tan frecuente, debe provenir de una tendencia mayor, más amplia: la de no ser clasificados, la de no ser encasillados, la de que nada es sólido sino líquido, la de que hay que hacer caer todas las convenciones, todos los cánones, como si el arte fuera antes un ejercicio de rebeldía que de belleza y consolación privada ante el desconcierto y las penurias que produce el solo hecho de vivir.

Para qué vamos a decir otra cosa: los chilenos vamos a Cuba para hacer turismo. Incluso aquellos que dicen visitar la isla por motivos políticos, por aceptación y hasta celebración del régimen que hay allí, nunca se quedan en Cuba, sino que vuelven a sus países de origen en los que lo que hay es una democracia imperfecta (¿es que hay alguna que no lo sea?), pero que les permite fundar partidos políticos, participar en elecciones, tener prensa libre, hablar y escribir sin censura, y protestar abierta y eficazmente en caso de que alguien sea encarcelado por sus ideas políticas o por manifestar puntos de vista que no sean del gusto de los gobernantes de turno.

Los chilenos vamos a Cuba a hacer turismo, y no está mal, porque es un lugar muy bello y lleno de gente igualmente bella. Solemos quedarnos poco en La Habana, no visitamos otras ciudades de la isla y nuestro destino preferente es Varadero u otro sitio que carece de toda identidad nacional y cultural. En La Habana lo pasamos bien, desde luego, pero la mente está puesta en la playa algo lejana y en esas amplias piscinas llenas de turistas que ofrecen mojitos a los nadadores que se desplazan por ellas. Piscinas con un bar abierto en el centro mismo de ellas, de manera que no se sabe si quienes entran al agua lo hacen para nadar o para beber.

En cambio, Patricio Fernández estuvo yendo a Cuba largo tiempo para conocerla antes que para disfrutarla, aunque su libro deja en claro que consiguió ambas cosas -conocerla y disfrutarla- porque Cuba, Cuba y los cubanos, Cuba y las cubanas, tienen algo profundamente entrañable, caribeño, exultante, algo a la vez gozador, resignado y meditabundo; una evidente capacidad para la alegría y para esa condición melancólica de lo que no pudo ser alcanzado, de lo que no se pudo tener, porque esa es la propiedad de la melancolía que la distingue de la nostalgia. La nostalgia es el valor que damos a las cosas buenas que tuvimos en el pasado, mientras que la melancolía es la conciencia de lo insatisfecho, de lo no logrado, de manera que cualquier ser humano experimenta siempre ambas: tiene perfecta memoria de bienes pasados, pasados y ya perdidos para siempre, o sea, siente nostalgia, y, a la vez, tiene conciencia de lo que se quedó solo en un deseo, en un

proyecto, a medio camino, quizás incluso a medio andar, es decir, siente también melancolía. La nostalgia es expresión de gratitud, de una serena gratitud, mientras que la melancolía lo es de frustración, de una sosegada frustración.

Antes de la vez que estuve en Cuba tuve la suerte de leer “Tumbas sin sosiego”, del historiador cubano Rafael Rojas, un libro que recomiendo a todos los amigos que van allá por primera vez. Se trata de una historia política y cultural que hace amar más a la isla. Ahora voy a agregar la recomendación del libro de Patricio Fernández. De la vida de las personas, de los pueblos, de las sociedades, se sabe más y mejor por observación directa, pero también gracias a los libros. Y no me refiero a los libros de viaje, de turismo, sino a obras que como las de Rojas y Fernández abren la puerta a mundos que si no las leyéramos conoceríamos de manera mucho más limitada. Para conocer hay que fijarse, poner atención, no pasar rápida ni desaprensivamente frente a las cosas, y libros como esos tienen la virtud de indicar en qué debemos fijarnos, en qué poner la atención, en qué detenernos para no pasar de largo.

Quiso la casualidad que casi a parejas con el libro de Fernández leyera la última de las novelas de Leonardo Padura, el escritor cubano autor de esa obra maestra que es “El hombre que amaba a los perros”. La transparencia del tiempo” se llama la novela de Padura que vengo de leer y pertenece ella a la serie policial de un personaje central que solo podría existir en La Habana, el detective Mario Conde, que en las sucesivas novelas de la serie de Padura ha ido envejeciendo junto con este y que tiene ya 60 años y está desencantado de todo, salvo de la amistad, quizás porque amigo es todo “aquel por quien uno está dispuesto a equivocarse el camino”, según la buena definición de Richard Ford, o tal vez porque Conde encuentra razón a otro escritor, Charles Bukovsky, cuando dijo que tener amigos es “saber que siempre serás salvado de la boca del tiburón y que la amistad hace las pequeñas y discretas cosas humanas mucho más milagrosas que las catedrales”, o porque Mario Conde, un personaje de ficción, leyó sin embargo esta reflexión de un tercer escritor, Julio Ramón Ribeyro: “amigos son quienes guardan algo uno del otro y que al encontrarse lo recuperan. Puede ser la jovialidad, el coraje o la fantasía”. Conde se ha retirado ya de la policía y se ocupa de comprar y vender libros valiosos y de masticar y pasar con abundante ron sus propias turbulencias internas y aquellas externas que le produce vivir en medio de un régimen poco o nada propicio para su vocación de escritor. Igual que Padura, pienso yo, que como escritor cubano ha optado por permanecer y escribir en Cuba, aunque al precio, creo yo, de una cierta ambigüedad, de ciertas evasivas también, aunque en sus obras policiales no falten las alusiones críticas a la situación de la isla; por ejemplo, a propósito de lo que él llama “asentamientos”, que no son otra cosa que grandes concentraciones de personas que vienen de ciudades pobres del interior y que se instalan en los alrededores de La Habana formando unos barrios tan espontáneos como pobres y desvalidos.

Volvamos al comienzo, al título del libro que presentamos hoy, para preguntarnos ¿fin de la revolución? ¿Fin de la revolución cubana? ¿Fin de la revolución en América Latina? ¿Fin de la vía revolucionaria en el completo planeta Tierra? Y si el título aludiera solo al fin de la revolución cubana, de esa revolución en particular, ¿no se trataría también del fracaso de esa revolución, de su frustración en cuanto al logro de sus objetivos, ya sea por causas internas o externas, o de ambas, que es lo que suele ocurrir cuando los países atraviesan por graves problemas?

Una revolución es tanto un acto como un proceso, este último bien largo en el caso de Cuba, ya más de medio siglo. El acto revolucionario cubano se concretó en un momento bien preciso –enero de 1959- y fue realmente exitoso. Exitoso y celebrado en forma prácticamente unánime en América Latina y resto del mundo. Luego comenzó el proceso revolucionario que tuvo un pronto giro hacia una determinada ideología y que acabó transformándose en una dinastía familiar, tal y como las antiguas monarquías. El sueño de todos los dictadores es el mismo que tenían los reyes: morir en el poder y que nadie los juzgue.

La pregunta no es ya qué le depara el futuro a la revolución cubana, sino qué le depara el futuro a Cuba. Agotada ya la revolución, Cuba no está agotada. Cuba, no la revolución, tiene ciertamente algún futuro, pero vaya uno a saber cuál. ¿Se llegará a parecer a lo que hoy es Rusia, por ejemplo? “El marino que navega sin destino no conoce los vientos favorables”, reza una inscripción que hay en el puerto de Lisboa.

El prólogo del libro de Fernández, escrito por el propio autor, ocupa apenas dos páginas, pero tiene mucha enjundia. Uno podría estar hablando largo rato de él, de la advertencia de que todos los personajes del libro son reales, de que son habitantes de una iglesia donde la fe ha muerto, de que en la isla se puede jugar con la cadena pero no con el mono, de que lo que impera allí es el relajo habanero, del enamoramiento que el autor experimentó por Cuba y su gente, del compás de espera en que se vive allí, si bien se trata de un compás de espera sin esperanza. Los variados testimonios de cubanos y de cubanas que recoge este libro son los que más ayudan al lector a percibir lo que realmente ocurre allí.

Pero, ¿saben? Antes que recorrer el libro en sus muchos momentos de brillante humanidad, y también a de triste humanidad, prefiero concluir con la afirmación de que se trata de una obra que tiene aspiración literaria antes que pretensión literaria. Todos los libros tienen alguna pretensión literaria, aunque la mayoría de ellos se queda en el esfuerzo. Este de Patricio Fernández consigue una calidad literaria evidente y es por eso que prefiero decir que lo que tiene es aspiración y no pretensión literaria. Una pretensión es una ambición desmedida; en cambio, una aspiración es un afecto encendido por conseguir en este caso el mejor de los lenguajes, el justo tono, la visión más clara y una acertada expresión de situaciones, atmósferas y personajes. El relato inicial sobre Maryori, una joven cubana de piel color del café de la que el autor se enamoró perdidamente en su

primer viaje a la isla, cuando era apenas un mochilero veinteañero en busca de nuevas e intensas emociones. Ni qué decir del baile del autor en La Habana con la Presidente Bachelet, décadas después, ni de los momentos en que el libro se ocupa de la visita a Cuba del Presidente Obama, o de la actuación allí de los Rolling Stones, o de la muerte y el funeral de Fidel Castro, o del testimonio de Danaris, una cubana que acabó viviendo en Chile, en Calera de Tango, donde reconstruyó algo del país de su infancia, o de los insinuantes diálogos telefónicos de Patricio Fernández con Nidia, empleada de Ferrocarriles en la Habana, cuando el autor de este libro intentaba conseguir pasaje para la ciudad de Santiago de Cuba. Pura sensibilidad no más. Sensibilidad y buena, buenísima pluma. Ver bien para escribir justo, como exigía Fernando Pessoa. Patricio Fernández sabe decir, sabe también sentir, y cree tanto en lo que sabe como en lo que siente. No fue varias veces a Cuba como lo haría un notario. Fue para ver, para conocer, para sentir, y consigue con este libro que el lector también vea, sienta y conozca.

¿Por qué se quiere lo que se quiere? ¿Por qué todos quieren a Cuba, a los cubanos, a las cubanas, independientemente del juicio que les merezca el curso que tomó la revolución? ¿Por qué resulta tan fácil amar a ese país y a sus habitantes? ¿Por qué La Habana ejerce una tan fuerte atracción a pesar del deterioro que se observa en la mayor parte de ella? ¿Es por esa dignidad que atribuimos comúnmente al fracaso?

Pienso que no. Es por algo mucho más profundo, más profundo y a la vez sensorial, algo que tiene que ver con los sentidos, es cierto, pero también con el cerebro, con esas neuronas que hay en él, las neuronas espejo, las neuronas de la reciprocidad simpática, aquellas que nos hace conectarnos con aquellos que quieren conectarse con nosotros, las neuronas que hacen sonreír a un niño casi recién nacido cada vez que alguien le sonrío a él.

Los cubanos nos sonrío y lo que hacemos es devolverles esa sonrisa, si cabe más ancha de la que recibimos. El libro de Patricio Fernández nos muestra la sonrisa de Cuba y saca también de nosotros, de vuelta, la mejor de nuestras sonrisas, aunque en ambas sonrisas se perciba un punto de tristeza.